

Bosquejada la situación y estado de los ánimos en París, convirtamos nuestros recuerdos al Monarca, y sigámoslo desde su postrera salida del Parlamento hasta su muerte sobre las tablas del cadalso, siquier hayamos de repetir algunas de las incidencias ya contadas. Cinco de la tarde, poco más ó menos, debían ser, cuando la regia víctima entró en el Temple tras su postrer entrevista con la Convención el día veintiséis de Diciembre. Los varios oficiales de la Municipalidad, compañeros del cautivo, por hallarse bajo el poder comunal éste, remitiéronlo á manos del grupo, también municipal, que vigilaba dentro de su calabozo al desdichado Monarca. Bien pronto se vió Luis XVI solo en aquella cárcel. Esta soledad contrastaba, en un contraste de bulto y de relieve, con la inmensa muchedumbre de gentes vista en su calle de amargura y con el aquelarre y el fragor de la confusa y sobrecitada Convención. Luis XVI se acordaba de los suyos antes que de sí mismo; y á las necesidades de los suyos proveía con celo antes que á sus propias necesidades. Así, no se había quitado el abrigo, cuando escribió varias líneas á su familia tranquilizándola por medio de su serena tranquilidad, y diciéndole cómo no le habían inferido ningún mal ni suscitado ningún dolor aquellos amargos trances. Después de haber escrito, pidió la comida Luis XVI; pues, desde que salió temprano del Temple no había tenido tiempo de tomar bocado ninguno, y su apetito no le abandonaba ni en las mayores contrariedades de su trágica existencia. Tomó dos comidas en una, y comió por tanto con verdaderas ganas. A los postres se presentaron sus tres defensoras, y le ofrecieron una tertulia íntima, en cuyas confidencias secretas pudo expresar los afectos de su alma y descargar los muchos pesos y pesadumbres que le afligían y no lo abrumaban. El Rey ofreció refrescos á sus abogados con ánimo de que allí estuvieran el mayor espacio de tiempo posible, y allí le ayudaran á la expansión del propio pensamiento. Tronchet, y sobre todo, Malesherbes, no podían atravesar un líquido por sus gargantas, de dolor anudadísimas; y el único en beber un helado fué Deseze, el más sereno y más tranquilo y más joven de todos los defensores. El Rey habló con verdadera expansión en los senos de aquella fundadísima confianza. Optimistas los abogados, ora fuese por convicción propia, ora fuese por deferencias al Rey, en su obligación de sostenerlo y darle ánimos, á nadie con su optimismo contagiaron, y menos al estoico y resignado Luis XVI, quien aseguró haber visto en el aspecto de los convencionales, en el dejo acerbísimo de sus palabras, en la servil sujeción de todos ellos á las presiones demagógicas, su ya definitiva é inapelable sentencia. Inútilmente los interlocutores quisieron disuadirle de sus cavilaciones; Luis los persuadió á creer en lo fundadas que aparecían éstas tras todo lo sucedido. Deseze, para consolarlo de una pena, con lo cual se había ya conformado, le insinuó cómo los convencionales, partido el Rey de su presencia, dispusieran la presentación de sus defensas; el depósito de estas defensas amplias y de las arengas breves dichas por el reo sobre la mesa presidencial con todas las firmas de sus respectivos autores; la impresión y publicación de tales discursos, difundi

dos por los cuatro puntos del aire; la continuación serena del juicio, único tema parlamentario puesto á debate hasta la definitiva redacción de una sentencia: hechos, en los cuales veían seguro sintoma de justicia, mientras el Rey, con mejor acuerdo, sólo veía formas y fórmulas ideadas para ocultar una venganza. Esta certidumbre de Luis respecto de su acordada y definitiva suerte sirvióle á esclarecer el criterio con luz intensa y á serenar el ánimo con estoicismo superior á todas las debilidades humanas y á obtener la inmortalidad en su muerte, una de las más bellas guardada dentro de sus trágicos anales por la Historia. Ya no había para Luis XVI necesidad alguna de forcejear las cadenas puestas sobre sus espaldas por el destino; ya no había necesidad de combatir y de porfiar con aquellos jueces, más que jueces, verdugos, sobre su inocencia: las calumnias, las iras, las blasfemias é insultos de los hombres no habían de penetrar con él en la eternidad, á cuyas puertas dejaba la corona del reino y ceñía la corona del martirio. Para probar más y más lo resignado y conforme que se hallaba con su tristísima suerte, Luis volvió á recordar cómo, diferenciándose del todo de su pariente Carlos I, había la jurisdicción del Congreso reconocido y aceptado por ende previamente su cruel sentencia. «Me lo han quitado todo, añadía, todo, menos aquello, que más caro me ha sido toda la vida, menos mi honra y mi conciencia.»

Sobre los discursos de la oficial defensa ocurrieron algunos inolvidables incidentes. Deseze había dicho en su arenga, y leído ante la Convención, que Francia quiso la libertad, y que la libertad le fué dada por el Rey. Un rumor de reprobación, incomprensible por completo en cualquier tribunal tranquilo, pero explicable allí donde reinaban innumerables pasiones, mostró cuánto dañara la opinión de aquel Congreso este concepto, en sentir del mayor número, infundadísimo é injusto. Así, para no suscitar nuevas antipatías al Monarca; para no enagenarle tantos espíritus indecisos como á la piedad se inclinaban; para salvarlo, Deseze borró del manuscrito lo que había leído en la sesión. El Congreso no se avino á estas supresiones; y como todo lo hacía materia de decreto, dispuso con solemnidad el restablecimiento de las suprimidas palabras. Viendo en este restablecimiento Deseze un mal augurio, creyó de su deber explicar su pensamiento, diciendo cómo al escribir la frase, dar la libertad, no había tenido más objeto que recordar como Luis la preparara, convocando los Estados generales, y como la nación se lo agradeciera, expidiendo un decreto por su asamblea constituyente, decreto fecha del cuatro de Agosto de mil setecientos ochenta y nueve, en que lo declarara restaurador augusto de las libertades francesas. Reinstalada en su lugar la frase, ya no hubo inconveniente para extender y publicar las defensas, cuyos primeros ejemplares envió el mismo Deseze al Temple, por medio de un municipal, en la mañana del veintisiete de Diciembre. Este municipal se hallaba en el número de los conmovidos y apiadados por las regias desgracias. Lamábase Vincent y prometió, después de haber entregado estos ejemplares al Rey, llevar en secreto y con

sigilo algunos más también á la Reina. No acostumbrado á estas deferencias, se conmovió Luis, muy dispuesto á conmovirse por todas las ternuras y á despreciar todos los odios. Con efecto, la crueldad revolucionaria y convencional despertaban poco á poco un sentimiento de piedad hacia los cautivos, bien análogo con profundísimo culto y bien digno de llevar el nombre de religión. Y entre los más conmovidos, se hallaba este Vincent, quien ofrecía servicios múltiples á los cautivos con daño de su nombre y riesgo de su vida. Los afectos de aquella guarnición comunal, guardadora del Rey, se habían trocado por tal manera en verdaderamente compasivos desde su triste acerbidad, que Vincent pidió al Monarca una reliquia suya, para tenerla entre los objetos más sagrados de su casa y ofrecerle adoración, como se adora la reliquia de un verdadero santo. La compasión en estas circunstancias parecía un heroísmo sublime; y el compasivo parecía un sobrenatural héroe. Luis, creyendo á Vincent compasivo y valeroso, le dió la corbata; y Vincent la recibió, cual reciben los devotos cualquier objeto sagrado. Tras esto pudo el Rey repartir la defensa entre sus domésticos y difundirla como quiso. Nada, pues, hubo de consolador en las disposiciones tomadas por la Convención acerca de tales discursos, antes hubo seguridad profundísima de que cuanto más las muchedumbres los leyeran, menos al Rey perdonaran. Con efecto, nunca se halló la opinión francesa tan dividida como en este supremo instante. Si los clubs demagógicos garruleaban á roso y belloso; si la sociedad jacobina lo dirigía todo con un poder y un imperio recogidos en las calles; si el público de las tribunas mandaba en la Convención republicana sangre y más sangre real; si los convencionales combatían entre sí, no como parlamentarios, como gladiadores respecto del juicio definitivo que fulminar debían sobre la cabeza del Rey; á la vista ó á la noticia de su firme serenidad, entre cristiana y estoica, los guardias municipales en el Temple se apiadaban; los regidores intransigentes lloraban en la Comunidad revolucionaria; los teatros públicos daban una sucesión extrañísima de dramas, rehabilitando la monarquía y el Monarca; las iglesias rebosaban en fieles que pedían misericordia y presentaban exvotos para impetrar un milagro; las mujeres proferían por todas partes frases de perdón; y hasta en los periódicos se levantaban protestas conminando á los convencionales para que no convirtieran en venganza la justicia. Así no debe maravillarnos el que los convencionales abrieran la fosa donde creían enterrar la realeza enterrando al Rey, para conjurar aquel movimiento de piedad hacia el Monarca, movimiento de protesta, y protesta formidable, contra la República. En medio de todo esto, sobre las sombrías paredes del Temple se dibujaba una esperanza, esperanza ilusoria, pero consoladora, la cual sugería una creencia muy extendida entre aquellos infelices cautivos, y es á saber: que ó los libertarían las monarquías extranjeras ó los libertarían las indignaciones populares.

Nada tan curioso, como las conversaciones entre Luis XVI y sus abogados. Aunque secretas todas ellas; la infinidad increíble de memorias publicadas por los franceses

sobre su gran revolución, nos autorizan á entresacarlas de tales documentos históricos y á resumirlas en esta nuestra HISTORIA. La noche del veintisiete, los coloquios entre las personas encargadas de la defensa y la persona que resumía la realeza en sus últimos instantes, prolongáronse allende las nueve, como demostrando cuánto aflojaba la vigilancia comunera en los salones del Temple. Luis no se dolía de su triste suerte, ni echaba de menos su espléndida corona, en estos diálogos parecidos á los que tuviera Sócrates con sus discípulos; se lamentaba del deplorable y tristísimo error, en que respecto de sus intenciones cayera la opinión pública, del número de calamidades condensadas y extendidas sobre la cabeza de los franceses, del porvenir tristísimo reservado á sus defensores por sus humanitarias defensas, del pueblo descarriado, de la patria infeliz, de la familia presa, del hijo martirizado, de sus amigos en tormentos continuos; y ofrecía con frases místicas, pero sinceras y profundas, aquella sangre suya, próxima en tal momento á fluir sobre la tierra, para ver si podía descargar las cóleras del cielo y redimir á Francia, necesitada del holocausto y del sacrificio de todos sus hijos. Sobre tales sentimientos se fundó todo aquello, que dijera Luis desde la fecha del último instante de su vida hasta su muerte. Sabiendo las declamaciones feroces, expedidas en la tribuna y el documento de acusación presentado por el insaciable mónstruo Marat contra el honrado ministro Roland, describió el Rey los hervores de las ideas y de las pasiones en París; los exaltados propósitos y los apercebidos proyectos de la Convención; el contagio revolucionario pegado á todos los pueblos vecinos; las últimas noticias llegadas de Ginebra, donde todos los avanzados de la ciudad habían despedido á los varios consejos gobernantes é instaládose con violencia y sin más título que su fuerza y la perturbación sembrada por sus actos en las alturas del gobierno. Todo servía de tema para sus diálogos á Luis XVI, diálogos exaltados por las visiones y previsiones de su muerte; lo mismo la reminiscencia de los Notables reunidos el ochenta de aquella centuria, que la fiesta del primero de año, celebrada entre los franceses, con especialidad entre los monarcas, de un modo extraordinario. Una inquietud le poseía siempre, la situación de su familia. Y esta inquietud le turbó un tanto la mañana del primero de Enero, viéndose constreñido por su cruel hado á mandar sus votos anuales en tal día por medio de un feroz comunero á los suyos, de cuya vista y conversación estaba completamente privado. «¿Porqué, preguntó uno de los guardianes á Clery, no demanda Capeto de la Comunidad una visita, en este día solemne, á su familia?» El Rey, enterado de la proposición, dijo: «ya la veré muy pronto», aludiendo con este dicho á su irremisible muerte. Tales inquietudes y penas no le sacaban de su estoica serenidad; pero si un rumor, llegado por acaso á su oído, el rumor de hallarse mala su hija la infanta María Teresa, no descansando hasta comprobar la triste noticia y saber carecía de todo fundamento. Con este motivo habló Luis XVI aquellas noches, de los suyos. En medio de tantas tribulaciones, sus dos hijos se le aparecían como dos ángeles custodios á uno y

otro lado de su martirizada persona. El recuerdo de su hermana Isabel producíale un verdadero éxtasis. Tentada por todas las tentaciones, que atrae la grandeza, no se rindió á ninguna; devota de su hermano, como si presintiese desde la niñez lo infausto y horroroso del cruel destino que le deparaba la suerte, no se apartó de su lado. Inútilmente la corte de Cerdeña y la corte de España le ofrecieron grandes matrimonios; inútilmente le decretaron las canonesas de Remiremont una mitra, la cual equivalía por sus esplendores y por sus provechos á una diadema real: nada pudo dividir la hermana del hermano; junta ésta con las regias desgracias como nunca se había juntado, en sus retiros, con las regias prosperidades. El Monarca sabía bien que la opinión pública le acompañaba en sus juicios respecto de los dos inocentes niños y de la santísima hermana; pero perdía completamente la serenidad celeste de su espíritu, cuando á las mientes llevaba lo injusta que fuera Francia con su mujer. En este punto le marraba el estoicismo antiguo resucitado en su espíritu cristiano y la conformidad santísima que le dieran su educación y su fe. Luis mantenía la tesis de que mujer ninguna procediera con la delicadeza de Antonieta, encontrándose frente á una favorita como la Du Barry, sin poder contrariarla por el estado de la dinastía y por el respeto á Luis XV, y sin poder complacerla, ni servirla, por el nativo culto á su propia conciencia y á su imperial honra. El concepto arraigado en Francia contra la Reina, resultaba un tormento indecible para el Rey en estas horas de su inacabable agonía.

Al tocar Luis XVI, en aquellas justificaciones íntimas, las historias epicúreas y escandalosas de los amores del Rey, su abuelo, con madame Du-Barry, tocaba punto de suma delicadeza, como generador de las grandes revoluciones y sacudimientos, cuyos desarrollos le condujeran hasta el Temple y del Temple hasta el cadalso. No se puede ignorar por quien estudie, aunque sea superficialmente, la Historia; el carácter verdaderamente reformador adquirido por el reinado de Luis XV durante mucho tiempo; como no se puede tampoco desconocer el carácter, también reformador, adquirido por Luis XVI durante un largo período de su monarquía ó de su reinado. Un ministro reformador tuvo Luis XV y otro ministro reformador tuvo Luis XVI. El ministro reformador bajo la monarquía del primero se llamó Choiseul; y el ministro reformador bajo la monarquía de Luis XVI se llamó Turgot. Ambos ministros, como todos los reformadores, suscitaron adversarios numerosísimos en contra suya, y combatieron á una con dificultades invencibles; como que Turgot desarraigó á los feudales y Choiseul desarraigó á los jesuitas. Enciclopedista este ministro; amigo de todos los pensadores del tiempo; educado en las ideas filosóficas, por aquella sazón divulgadas; discípulo de Voltaire y D'Alambert; confidente de nuestro Carlos III, quien para todo le consultaba; contribuyó fuertemente al desdichado fin de la compañía jesuítica, y por aquella expulsión tan terrible de esta Compañía tan maquiavélica condensó en su contra odios, los cuales al cabo le aportaron su escandalosa caída del gobierno y su reemplazo por devastadora reacción, bajo cuyos auspicios